

que no saquen brasa, y á mas fuego mas calor. ¿Cuántos vereis al calor de un rico, que si les preguntasen, qué haceis ahí, dirian: aquí no hago cosa de sustancia? ¿Puedan os alguna cosa, sacais algo de andarós hecho quita pelillo, congraciador asistente de noche y de día, perdiendo el tiempo de ganar de comer en otra parte? Señor, es verdad que de aquí no saco provecho, pero véngome aquí al calor de la casa del señor N., como lo hacen otros. Los otros y vos, decime quién sois, que no quiero que os quejéis que os llamo yo necios.

Ahora bien; acercáronse muchos, cada cual ofreciéndose conforme al grado con que me tocaba, y tal persona hubo, que para obligarme y honrarse conmigo alegó vecindad antigua desde bisabuelos. Quisé por curiosidad saber quién sería el buen viejo que me hizo la burla pasada, y para hacerlo sin recelo ajeno, pregunté si mi padre habia tenido mas hermanos, y si dellos alguno estaba vivo, porque siempre creí ser aquel tío mio. Dijéronme que sí, que habian sido tres, mi padre y otros dos, el de en medio era fallecido, empero que el mayor de todos era vivo y allí residía. Dijéronme ser un caballero que nunca se habia querido casar, muy rico y muy viejo, mas como pudo, con su bordon vino á visitarme, rodeado de algunos principales de mi linaje. Luego lo reconocí, aunque lo hallé algo decrepito por la mucha edad. Holguéme de verlo, y pesábame ya hallarlo tan viejo; quisiéramo mas mozo, para que le durara mas tiempo el dolor de los azotes. Yo hallo por disparate, cuando para vengarse uno de otro le quita la vida, pues acabando con él, acaba el sentimiento: cuando algo yo hubiera de hacer, solo fuera como lo hice con mis deudos, que no me olvidarán en cuanto vivan, y con aquel dolor irán á la tierra. Deseaba vengarme dél, y que por lo menos estuviera en el estado mismo en que lo dejé, para en el mismo pagarle la deuda en que tan sin causa ni razon se quiso meter conmigo. Hizome muchos ofrecimientos con su posada; empero aun en solo mentármela se me rebotaba la sangre; ya me parecia picarme los murciélagos, y que salian por debajo de la cama la marimanta y cachidiablos como los pasados. No, no; una fué, y llevóse el gato: ya dije, solo Sayavedra me podrá hacer otra, empero no por su bien; empero después dél á quien me hiciere la segunda, yo se la perdono.

Hablamos de muchas cosas; preguntóme si otra vez ó cuándo habia estado en Jénova. ¿Esas teneis, dije? Pues por ahí no me habeis de coger. Neguésele á pié juntillo; solo le dije que habria como tres años poco menos que habia por allí pasado sin poder ni quererme detener, mas de hacer noche, á causa de la mucha diligencia con que á Roma caminaba, en la pretension de cierto beneficio. Dijome luego con mucha pausa, como si me contara cosas de mucho gusto: sabed, sobrino, que habra como siete años, poco mas ó menos, que aquí llegó un mozueto picarillo, al parecer ladrón ó su ayudante, que para poderme robar vino á mi casa, dando señas de mi hermano, que esté en gloria, y de vuestra madre, diciendo ser hijo suyo y mi sobrino: tal venia y tal sospechamos dél, que afrentados de su infamia, lo procuramos aventar de la ciudad, y así se hizo con la buena maña que para ello nos dimos. El salió de aquí huyendo como perro con vejiga, sin que mas lo viésemos, ni dél se supiese muerto ni vivo, como si se lo tragara la tierra. De la vuelta que le hice dar, me acuerdo que se dejó la cama toda llena de cera de trigo: ella fué tal como buena, para que con el miedo de otra peor huyese y uos dejase; y pues quería engañarnos, me huelgo de lo hecho. Ni á él se le olvidará en su vida el hospedaje, ni á mi me queda otro dolor que el haberme pesado de lo poco. Refirióme lo pasado con grande solem-

nidad, la traza que tuvo, cómo no lo quiso dar de cenar, y sobre todas estas desdichas lo mantieron. Yo, pobre, como fui quien lo habia padecido, pareció que de nuevo me volvieron á ello, abriéronse las carnes; como el muerto de herida, que brota sangrè fresca por ella, si el matador se pone presente. Y aun se me antojó que las colores del rostro hicieron sentimiento, quedando (de oírlo solamente) sin las naturales mias. Disimulé cuanto pude, dando filos á la navaja de mi venganza, no tanto ya por la hambre que della tenia por lo pasado, cuanto por la jactancia presente, que se gloriaba della; que tengo á mayor delito, y sin duda lo es, preciarse del mal que de haberlo hecho. Pudriendo estaba con esto, y dijele: «no puedo venir en conocimiento de quién puede haber sido ese muchacho, que tanto deseaba tener parientes honrados. En obligacion le quedamos (cuando acaso sea vivo, y escapase con la vida de la de Roncesvalles), que entre tanta nobleza nos escogió para honrarse de nosotros. Y si á mi puerta llegara otro semejante, lo procuraria favorecer hasta enterarme de toda la verdad; que casos hay en que aun los hombres de mucho valor escapan de manera, que aun de sí mismos van corridos; y ese rapaz, después de conocido, lo hiciera con él, segun él hubiera procedido consigo mismo; porque la pobreza no quita virtud ni la riqueza la pone: cuando no fuera tal, ni á mi propósito, procuráramo favorecer, y de secreto lo ausentara de mi, y cuando en todo rigor mi deudo no fuera, estimara su eleccion. — Andad, sobrino, dijo el viejo; como nunca lo vistes, decís eso; yo estoy contentísimo de haberlo castigado, y como digo me pesa, si dello no acabo, que no le di cumplida pena de su delito, pues tan desnudo y hecho harapos quiso hacerse de nuestro linaje. Pues que no trujó vestido de bodas, llévase lo que le dieron. — En ese mismo tiempo, dije, yo estaba con mi madre allá en Sevilla; y no son tres años cumplidos que la dejé. Nací solo, no tuvieron mis padres otro.» Aun aquí se me salió de la boca que tuve dos padres, y era medio de cada uno; mas volvílo á enmendar prosiguiendo: «dejóme de comer el mio, aunque no tanto que me alargue á demasias, ni tan poco, que bien regido me pudiera faltar. No me puedo preciar de rico, ni lamentar pobre. Demás que mi madre siempre ha sido mujer prudente, de gran gobierno, poco gastadora y gran casera.» Holgáronse de oírme los presentes, y no sabia en qué santuario ponerme ni cómo festejarme, ni se tenia por bueno el que no me daba su lado derecho, y entre dos el medio.

Entonces dije conmigo mismo entre mí: ¡oh vanidad, cómo corres tras los bien afortunados en cuanto goza de buen viento la vela, que si falta, harán en un momento mil mudanzas! ¡Y cómo conozco de veras que siempre son favorecidos aquellos todos, de quien se tiene alguna esperanza que por algun camino pueden ser de algun provecho! Y por la misma razon, ¿qué pocos ayudan á los necesitados, y cuántos acuden favoreciendo la parte del rico! Somos hijos de soberbia, lisonjeros; que si lo fuéramos de la amistad y caritativos, acudiéramos á lo contrario: pues nos consta que gusta Dios, que como propios cada uno sienta los trabajos de su prójimo, ayudándole siempre de la manera que quisiéramos en los nuestros hallar su favor. Yo era el idolo allí de mis parientes. Habia comprado de una almoneda una bajilla de plata, que me costó casi ochocientos ducados, no con otro fin que para hacer mejor mi herida: convidélos á todos un día y á otros amigos, hiceles un espléndido banquete; acariciélos, jugamos, gané, y todo casi lo di de barato, y con esto los traia por los aires. ¡Quién les dijera entonces á su salvo: sepan, señores, que comen sus carnes; en el hato está el lobo; presente tienen el agraviado, de quien se sienten agradecidos! ¡Ah! Si le conociesen, y cómo le barian cruces á las esquinas para no doblárselas en su

vida, porque les va mullendo los colchones y haciendo la cama, donde tendrán mal sueño, y darán mas vueltas en el aire, que me hicieron dar á mi sobre la manta, con que se acordarán de mi, cuanto yo de ellos, que será por el tiempo de nuestras vidas. Ya mi dolor pasó, y el suyo se les va recentando. Si bien conociesen al que aquí está con piel de oveja, se les haria leon desatado; bien está, pues pagarme tienen lo poco en que me tuvieron, y lo que despreciaron su propia sangre.

Gran añagaza es un buen *coram vobis*, gallardo gastador, galán vestido, y don Juan de Guzmán; pues á fe que les hubiera sido de menos daño Guzmán de Alfarache con sus arrapiezos, que don Juan de Guzmán con sus gayaduras. Muchas caricias me hacen; mas como el estómago traia con vascas y revuelto, como á mujer preñada, con los antojos del deseo de mi venganza, que siempre la pensada es mala. Estudiábala muy de propósito, ensayándome muy de mi espacio en ella; y en este virtuoso ejercicio eran entonces mis nobles entretenimientos, para mejor poder después obrar; que fuera gran disparate haber hecho tanto preparación sin propósito, y es inútil el poder cuando no se reduce al acto: paso á paso esperaba mi coyuntura, que cada cosa tiene su cuando, y no todo lo podemos ejecutar en todo tiempo. Que demas de haber horas menguadas, estrellas y planetas desgraciados, á quien se les ha de huir el mal olor de la boca, y guardarse el viento, para que no pongan al hombre adonde todos desean. Así aguardé mi ocasion, pasando todos los días en festines, fiestas y contentos, ya por la marina, ya por jardines curiosísimos que hay en aquella ciudad; y visitando bellisimas damas. Quisiéronme casar mis deudos con mucha calidad y poco dote; no me atrevi por lo que habrás oido decir por allá, y huyendo de que á pocos días habiamos de dar con los huevos en la ceniza, mostréme muy agradecido, no acetando ni repudiando para poderlos ir entreteniendo, y mejor engañando, hasta ver la mia encima del hito. Que cierto entonces con mayor facilidad se hiere de mazo, cuando el contrario tiene de la traicion menos cuidado, y de sí mayor seguridad.

CAPITULO VIII.

Deja robados Guzmán de Alfarache á su tío y deudos en Jénova, y embárcase para España en las galeras.

¶ Nunca debe la injuria despreciarse, ni el que injuria dormirse, que debajo de la tierra sale la venganza, que siempre acecha en lo mas escondido della. De donde no piensan suele saltar la liebre. No se confíen los poderosos en su poder, ni los valientes en sus fuerzas, que muda el tiempo los estados y trueca las cosas. Una pequeña piedra suele trastornar un carro grande; y cuando al ofensor le parezca tener mayor seguridad, entonces el ofendido halla mejor comodidad. La venganza, ya he dicho ser cobardia, la cual nace de ánimo flaco mujeril, á quien solamente compete. Y pues ya tengo referido de algunos y de muchos que han eternizado su nombre despreciándola, diré aquí un caso de una mujer que mostró bien serlo. ¶

¶ Una señora moza, hermosa, rica y de noble linaje, quedó viuda de un caballero igual suyo, de sus mismas calidades. La cual, como sintiese discretamente los peligros á que su poca edad la dejaba dispuesta, cerca de la comuna y general murmuracion, que cada uno juzga de las cosas como quiere y se le antoja; y siendo solo un acto, suelen variar mil pareceres varios, y que no todas veces las lenguas hablan de lo cierto ni juzgan de la verdad, pareciéndole inconveniente poner sus prendas á juicio y su honor en disputa, determinóse al menor daño, que fué casarse. Tratábanle dello dos caballeros iguales en pretender, empero desiguales en merecer. El uno muy de su gusto, segun deseaba, con quien ya casi estaba hecho, y el otro muy aborrecido y contrario á lo dicho; pues de-

más de no tener tanta calidad, tenia otros achaques para no ser admitido, aun de señora de muy menos prendas. Pues como con el primero se hubiese dado el sí de ambas las partes, que solo faltaba el efecto, viendo el segundo su esperanza perdida y rematada, su pretension sin remedio, y que ya se casaba la señora, tomó una traza luciferina, con perversos medios, para dar un asalto con que pasar adelante, y dejar el otro atrás. Acordó levantarse un día de mañana, y habiendo acechado con secreto cuando se abriese la casa de la desposada, luego sin ser sentido, se metió en el portal, estándose por algun espacio detrás de la puerta, hasta parecerle que ya bullia la gente por la calle, y todas las mas casas estaban abiertas. Entonces, fingiendo salir de la casa, como si hubiera dormido aquella noche dentro della, se puso en medio del umbral de la puerta, la espada debajo del brazo, haciendo como que se componia el cuello, y acabando de abrocharse el sayo. De manera que cuantos pasaron y lo vieron creyeron por sin duda ser él ya el verdadero desposado y haber gozado á la dama. Cuando tuvo esto en buen punto, se fué poco á poco la calle adelante hasta su posada. Esto hizo dos veces, y dellas quedó tan público el negocio y tan infamada la señora, que ya no se hablaba de otra cosa, ni habia quien lo ignorase en todo el pueblo, admirados todos de tal inconstancia en haber despreciado el primer concierto de tales ventajas, y hecho eleccion del otro, que tan atrasado y con tanta razon lo estaba. ¶

¶ Pues como se divulgase haberlo visto salir de aquella manera, medio desnudo, cuando llegó á noticia del primero, tanto lo sintió, tanto enojo recibió, y su cólera fué tanta, que si amaba tiernamente, deseándola por su esposa, cruelmente aborreció huyéndola. Y no solo á ella, mas á todas las mujeres, pareciéndole, que pues la que estimó en tanto, teniéndola por tan buena, casta y recogida, hizo una cosa tan fea, que habria muy pocas de quien fiarse, y seria ventura si acertase con una. Consideró sus inconstancias, prolijidades y pasiones, y juntamente los peligros, trabajos y cuidados en que ponian á los hombres: fué pasando con este discurso en otros adelante, que favorecidos del cielo, hicieron que trocado el amor de la criatura en su Criador, se determinase á ser fraile, y así lo puso en obra, entrándose luego en religion. Cuando á noticia de la señora llegó este hecho, y la ocasion por lo que se decia en el pueblo, y que ya no era en algun modo poderosa para quitar de su honor un borron tan feo; sintiólo como mujer tan perdida, que tanto perdió junto, honra, marido, hacienda y gusto, sin esperar lo ya mas tener por aquel camino ni su semejante, sin poder jamás cobrarse. Fué fabricando con el pensamiento la traza con que poder mejor salvar su inocencia ejemplarmente. Pareciéndole y considerándose tan rematada como su honestidad, y que de otro modo que por aquel camino era imposible cobrarlo, pagando una semejante alevosia con otra menos y mas cruel. Revisiósele con ira tan infernal, y fuéle creciendo tanto, que nunca pensó en otra cosa sino en cómo ponerlo en efecto. Librenos Dios de venganzas de mujeres agraviadas, que siempre suelen ser tales, cuales aquí vemos esta presente. ¶

¶ Lo que primero hizo fué tratar de meterse monja (que aun si aquí parara, hubiera mejor corrido), y dando parte de sus trabajos y pensamiento á otra muy grande amiga suya del propio monasterio, lo efectuó con mucho secreto. Luego fué recogiendo dentro del convento todo el principal homenaje de su casa, joyas y dineros, alejándole por contratos públicos lo mas de su hacienda. Esto hecho, estuvo esperando, que se le volviese á tratar del casamiento de aquel caballero su enemigo, el cual á pocos días volvió á ello, dando por disculpa el amor grande que le tenia, por cuya causa, desesperado, usó de aquellos medios, para poder conseguir lo que tanto deseaba. Mas, pues conocia su culpa, y haber sido causa del yerro, queria soldar la quiebra, ofreciéndose por su ma-

rido. Ella, que otra cosa no deseaba para que su intencion saliese á luz y resplandeciese su honor con ello, respondió, que pues el negocio ya no podia tener otro algun mejor medio, acetaba este. Mas que habia hecho un voto, el cual se cumplia dentro de dos meses poco mas, en que no le podria dar gusto, que si el suyo lo fuese dilatarlo por este tiempo, que lo seria para ella; empero que si luego lo quisiese tratar de verlo efectuado, habia de ser con la dicha condicion, y juntamente con esto hacerlo muy de secreto, y tanto cuanto mas fuese posible, hasta que pasado el término se pudiese manifestar. Acetólo el caballero, hallándose por ello el hombre mas dichoso del mundo; y prevenido lo necesario, se hicieron con mucho silencio los contratos, con que fueron desposados. Estuvieron juntos muy pocos dias, entretenido él con la esperanza cierta del bien cierto que ya poseia, y no menos ella con la de su venganza. Una noche, después de haber cenado, que se fué á dormir el marido, ella entró en el aposento, y sentada cerca dél, aguardó que se durmiese, y viéndolo traspuesto con la fuerza del sueño primero, lo puso en el último de la vida; porque sacando de la manga un bien afilado cuchillo, lo degolló, dejándolo en la cama muerto. A la mañana temprano salió de su aposento; y diciéndolo á la gente de su casa que habia su esposo tenido mala noche, que nadie lo recordase hasta que fuese su gusto llamar, ó ella volviése de misa, cerró su puerta, y con mucha diligencia se fué al monasterio, donde luego recibió el hábito, y fué monja, después de lavada su infamia con la sangre de quien la manchó; dando de su honestidad notorio desengaño, y de su crueldad terrible muestra. ¶

¶ Viene muy bien acerca desto lo que dijo Frutuos, un loco que andaba por Alcalá de Henares, el cual yo después conocí. Habiale un perro desgarrado una pierna, y aunque vino á estar sano della, no lo quedó en el corazon; estaba de mal ánimo contra el perro. Y viéndolo acaso un día muy estendido á la larga por delante de su puerta, durmiendo al sol, fuése allí junto á la obra de Santa María, y cogiendo á brazos un canto, cuan grande lo pudo alzar del suelo, se fué bonico á él sin que lo sintiese, y dejóselo caer á plomo sobre la cabeza. Pues como se sintiese de aquella manera el pobre perro, con las vascas de la muerte daba muchos aullidos y saltos en el aire, y viéndolo así, le decia: «hermano, hermano, *quien enemigos tiene no duerma.*» ¶

¶ Ya otra vez he dicho, que siempre lo malo es malo, y de lo malo tengo por lo peor á la venganza; porque corazon vengativo no puede ser misericordioso, y el que no usare de misericordia, no la espere, ni la tendrá Dios dél. Por la medida que midiere ha de ser medido; hanlo de igualar con la balanza en que pesare á su prójimo. No se puede negar esto, mas también se me debe confesar que yerran aquellos, que sabiendo la mala inclinacion de los hombres, hacen confianza dellos, y mas de aquellos que tienen de antes ofendidos; que pocos ó ninguno de los amigos reconciliados acontece á salir bueno. Mucho de Dios ha de tener en el alma el que por solo él perdonare. Pocos milagros habemos visto por este caso, y solo de uno vi en Florencia el testimonio, fuera de los muros de la ciudad, en la iglesia de San Miniato, dentro en la fortaleza, que por ser breve y digno de memoria, haré dél relacion. ¶

¶ Un gentilhombre florentin, llamado el capitán Juan Gualberto, hijo de un caballero titulado, yendo á Florencia con su compañía, bien armado y á caballo, encontró en el camino con un su enemigo grande, que le habia muerto á un su hermano: el cual, viéndose perdido y sujeto, se arrojó por el suelo á sus piés, cruzados los brazos, pidiéndole de merced, por Jesucristo crucificado, que no lo matase. El Juan Gualberto tuvo tal veneracion á las palabras, que compungido de dolor, lo perdonó

con gran misericordia. De allí lo hizo volver consigo á Florencia, donde lo llevó á ofrecer á Dios en la iglesia de San Miniato, y puesto delante de un crucifijo de bulto le pidió el don Juan Gualberto, que así le perdonase sus pecados con la intencion que habia él perdonado aquel su enemigo. Vióse visiblemente cómo delante de toda la gente de su compañía, y otros que allí estaban, el Cristo humilló la cabeza bajándola. Reconocido Juan Gualberto de aquesta merced y cortesía, luego se hizo religioso, y acabó su vida santamente. Hoy está el Cristo de la forma misma que puso la humillacion, y es allí venerado por grandísima reliquia. ¶

Quando el perdon se hace sin este fundamento, siempre suele dejar un rescoldo vivo que abraza el alma, solicitándola en la venganza. Y aunque para lo exterior parece estar aquel fuego muerto, de aquel agua mansa nos libre Dios, que muchas y aun las mas veces queda cubierta la lumbre con la ceniza del engañoso perdon; mas en soplándola con un poco de ocasion, fácilmente se descubre, y resplandecen las brasas encendidas de la injuria. Por mi lo conozco, que tanto fué lo que siempre me aguijoneaba la venganza, que como con espuelas parecia picarme los ijares como á bestia. Bien bestia, que no lo es menos el que conoce aqueste disparate. Poniamé siempre á los ojos aquel zarandeo de huesos, y reparando en ello parecia que aun me sonaban como cascabeles. Con esto, y con la dulzura que me lo habian contado, y malas entrañas con que lo habian hecho, sin pensarles ya de otra cosa, mas de haberles parecido poco, me hacia considerar y decir: ¡oh hi de puta enemigos! y si á vuestra puerta llegara necesitado, ¿y qué refresco me ofrecierades para pasar mi viaje? Causábame cólera, y della mucho deseo de pagarme de todos los de la conjuracion. Y dellos no tanto quanto del viejo dogmatista, como primero inventor y ejecutor que fué della y de mi daño. El tiempo iba pasando, y con él trabándose mas mis amistades, conociendo y siendo conocido. Tratábase con calor mi casamiento, deseando todos naturalizarme allá con ellos; visitaba y visitábanme, acudían á mi posada mis amigos, y yo á la dellos; entraba ya como natural en todas partes, y en las casas de juego; en mi posada también solia trabarse, ya perdiendo, ya ganando, hasta una noche que acudiendo el naípe de golpe, truje á la posada mas de siete mil reales, de que dejé tan picados á los contrayentes, que trataron de alargar el juego para la noche siguiente. No me pesó de que se quisiesen alargar, porque ya yo estaba (como dicen) fuera de cuenta en los nueve meses; que me habia dicho el capitán Favelo que se aprestaban las galeras, y creia que para pasar á España con mucha brevedad. Esto me traia ya de leva, porque adonde quiera que fueran, habia de ir con ellas; empero no me osaba declarar, hasta que hubiesen de salir del puerto.

Acetéles el juego, no con otro ánimo que de ir entretenidome con ellos largo, y estar prevenido para darles (á uso de Portugal) de pancada; perdí la noche siguiente, aunque no mas de aquello que yo quise, porque ya me aprovechaba de toda ciencia para hacer mi hecho: andábame con ellos á harlovento, y siempre sacándole á mi amigo su barato, porque lo habia de ser mucho mas para mí. Pocos dias pasaron, que viéndolo triste le pregunté qué tenia, y respondiome que solo sentia mi ausencia, porque sin duda seria el viaje dentro de diez dias á lo mas largo, que así tenían la orden. Sus palabras fueron perlas, y su voz para mí del cielo, como si otra vez oyera decir: *abre esa capacha*, porque con el poste desta pensaba quedar hecho de bellota; y apartándolo á solas en secreto, le dije: «señor capitán, sois tan mi amigo, estimo vuestras amistades en tanto, que no sé cómo en carecerlo ni pagarlas. Háseme ofrecido con vuestro viaje á todo el remedio de mis deseos, que ya en otra cosa no

consiste ni lo espero. Y si hasta este punto no tengo dada de mi la razon que á una fiel amistad se debe; ha sido porque como tan cierto della, no he querido inquietar vuestro sosiego. Mi venida en esta ciudad no ha sido á verla, ni por el mucho gusto y merced en ella recebida, cuanto á deshacer cierto agravio que aquí recibí mi padre siendo ya hombre mayor, de un mancebo español, que aquí reside. Obligóle á dejar la patria, porque corrido y afrentado, no pudiendo (á causa de su mucha edad) satisfacerse como debiera, tuvo por menor daño hacer ausencia larga, y con este dolor vivió hasta ser fallecido. No tendrá razon de quejarse de mi quien á las canas de mi padre no tuvo respeto, que su propio hijo lo pierda para él, en su venganza. Y porque podria suceder que después de ya satisfecho dél, ó con su mucho favor, ó por su dinero, que no es menos, me quisiese hacer algun agravio, querria me diésedes vuestro favor, para que con solo él y sin riesgo de vuestra persona, pusiésedes en salvo la mia con secreto. Dejareisme con esto tan obligado, que me tendreis por esclavo eternamente, pues no tengo mas honra de cuanta heredé, y si mi padre no la tuvo para dejármela, por habérsela un traidor enemigo quitado, también yo vivo sin ella, y me conviene ganarla por mi propio esfuerzo y manos. Que si mis deudos no lo han hecho, ha sido tanto por no perderse, cuanto porque como luego se ausentó mi padre, todo se quedó sepultado, pareciéndoles menor inconveniente dejarlo así suspenso, que levantar el pueblo, ni mas publicarlo.»

Atento estuvo Favelo á mis palabras, y quisiera que se lo remitiera, para que haciéndose parte, como lo es el verdadero amigo, él mismo me dejara satisfecho; y aunque para ello me importunó, haciendo grandes instancias, no se lo quise admitir, diciéndole no ser conveniente ni justo, que siendo la injuria mia, otro se satisficiese della, que solo aqueso me sacó de mi tierra España, y á ella no volveria en cuanto yo mismo no diese á mi enemigo su pago, de tal manera, que conociese á quién y por qué lo hizo. Demás, que me hacia notorio agravio en creer de mí que me faltaban fuerzas ó ánimo para tales casos y tan del alma. Con lo que le dije quedó tan sosegado, que no me volvió á replicar en ello; empero díjome: «si algo valgo, si algo puedo, si mi hacienda, vida y honra fuere para vuestro servicio de importancia, todo es vuestro; y si para el resguardo de lo que os podria suceder, quereis que yo y mi gente asistamos á la mira, ved lo que mandais que haga, todo es vuestro, y como de tal podreis en ello disponer á vuestro modo. Y tomo á mi cuenta que una vez puestos piés en galera, no será parte todo el poder de Italia para sacaros del mio, aunque hiciese para ello, y fuese forzoso algun gravísimo peligro mio. — De aquesto y lo demás estoy bien confiado, le dije; mas creo que no será necesario tanto caudal de presente: lo uno, porque tengo descuidado al enemigo, y en parte que solo con Sayavedra puedo salir con cuanto pretendo; y esto quedará de modo, que cuando se quiera remediar ó me busquen, ya no serán á tiempo de poderme haber á las manos con el favor vuestro. Lo que mas me importa saber, para con mayor seguridad salir adelante con lo que se pretende, solo es tener aviso al cierto del dia que las galeras han de zarpar, porque no pierda tiempo ni ocasion.» Así me lo prometió, y fuimos de acuerdo, que poco á poco y con mucho secreto, haciendo pasar á galera mis baules y vestidos con Sayavedra, porque no se aguardase todo para el punto crudo ni fuese necesario en él, sino embarcarme. No cabia en sí Favelo del gusto que recibió cuando supo haberme de llevar consigo; previnose de regalos con que poder entretenerme, como si mi persona fuera la del capitán general.

Yo llamé á mi criado, y díjele lo que me habia sucedido, que ya era tiempo de arrémangar los brazos hasta los codos, porque teníamos grande amasijo y hasta masa

para hacer tortas. Apenas hube acabádoso de decir, cuando ya centellaba de contento, porque deseaba salir á montar. Luego se trató en el modo de la venganza, y yo le dije: «la mayor, mas provechosa, y de menor daño para nosotros es en dinero. — *Eso pido, y dos de bola*, dijo Sayavedra, que las cuchilladas presto sanan; pero dadas en las bolsas, tarde se curan, y para siempre duelen.» Yo le dije: «pues para que todo se comience á disponer de la manera que conviene, lo que agora se ha de hacer es comprar cuatro baules, dos dellos pondrás en galera en la parte que Favelo te dijere, y los otros dos cargarás de piedras, y sin que alguno sepa lo que traes dentro, los harás meter con mucho tiento en el aposento. Allí los irás envolviendo en unas arpilleras, porque donde quiera que fueren, aunque los traigan rodando no suenen, y vayan bien estivados, no dejándoles algun vacío, ni lleven mas peso de aquel que te pareciere conveniente, ó satisfacer á seis arrobas escasas en cada uno.» Díjele mas, todo lo que habia de hacer, dejándolo bien informado dello. De allí me fuí á casa del buen viejo don Beltrán, mi tío, y estando en conversacion, truje á pláticas lo mucho que temia salir de casa de noche, porque tenia en el aposento mis baules, en especial dos dellos con plata, joyas de algun valor y dineros, y por decir verdad, mi pobreza toda. El me dijo: «vuestra es la culpa, sobrino, que donde mi casa está no era necesario posada, porque aunque la que teneis es la mejor de aquesta ciudad, ninguna en todo el mundo es buena, ni tal que podais en ella tener alguna seguridad; y porque sois mozo, quiero advertiros como viejo, que nunca os confieis de menos que muy fuerte cerradura en vuestros baules, y otra sobrellave de algunas armellas y candado que lleveis con vos de camino, y donde llegáredes, poned á las puertas de vuestro aposento; porque ya los huéspedes, ó sus mujeres, ó sus hijos ó criados, no hay aposento que no tenga dos y tres llaves, y á vuelta de cabeceira perderéis de ojo lo que allí dejáredes, con menos que muy buen cobro; después os lo harán pleito si trujistes ó si cometistes, y se os quedarán con ello. En la posada no hay cosa posada, nada tiene seguridad. Mas ya que como mancebo gustais de no venir á esta casa vuestra, si en ello recebis gusto, traiganse acá los baules, y no dejéis allá mas plata de la que tasadamente hubiéredes menester para vuestro servicio, que acá se os guardará todo en mi escritorio con toda seguridad, y no andareis tanto la barba sobre el hombro en cuanto aquí estuviéredes.» Yo se lo agradecí de manera como si los baules valieran un millon de oro, y así lo debió de creer, ó poco menos; lo uno porque ya él habia visto mi buena vajilla, la cadena y otras cosas, y dineros que llevaba; y lo segundo, por la instancia que hice sobre desear tenerlos á buen recaudo.

Destá plática saltamos en la de mi casamiento; porque me dijo que ya tenia edad, y perdía tiempo si hubiese de tomar estado, á causa que los matrimonios de los viejos eran para hacer hijos huérfanos; que si no gustaba de ser de la iglesia, mejor seria casarme luego, tanto para mi regalo, cuanto para el beneficio y guarda de mi hacienda; porque los criados, aunque fieles, nunca les faltaba las mas veces desaguaderos, ya de mujeres, juegos, gastos, vestidos y otras cosas, que, viéndose necesitados y apretados á cumplir con las cosas de su cargo, se venian después á levantar con todo, dejando robados á sus amos. Púsome muchas dificultades en mi estado, y fuéme luego tras ello haciendo relacion de las buenas prendas de la señora mi esposa. Que á lo que dél entendi, también era deuda suya por parte de su madre, de gente noble, aunque pobre; pero podia suplir por ser hermosa, y que me daba con ella de adehala (como después vine á descubrir el secreto) una hija, que dijeron haber tenido por una desgracia, de cierto mancebo ciudadano que le dió palabra de casamiento, y después dejándola burlada se desposó con

otra. Ofrecíome con ella, que tenía una madre que sería todo mi regalo y de los hijos que Dios me diese; porque no hallaría menos con el suyo el de la que me parió. A todo le hice buen semblante, diciendo que de su mano, de necesidad sería cosa tal cual á mí me convenia; mas que para que no se perdiese cierto beneficio que me daban, y que se fuese puesto cobro en él, era necesario regresarlo en un primo hermano mio, hijo de una hermana de mi madre, allá en Sevilla. Con esto lo dejé gotoso y entretenido por entonces.

En esto hablabamos muy de propósito, cuando subió Sayavedra, y llegándoseme al oído, hizo como que me daba un largo recado. Yo luego levantando la voz, dije: «¿y tú qué le dijiste?» El me respondió de la misma forma: «¿qué le habia de responder sino de sí?—Mal hiciste, le dije: ¿no sabes tú que no estoy en Roma ni en Sevilla? ¿No sientes el disparate que hiciste, haciéndome cargo de lo que no puedo? Llévale la cadena grande, dásele, y dile que lo que tengo le doy, que no me ocupe mas de aquello que me fuere posible, y me perdona.» Sayavedra me dijo: «bien, á fe; ¿quién ha de llevar acuestas una cadena de setecientos ducados de oro? Será necesario buscar un ganapán alquilado que le ayude.» Dijele luego: «pues haz lo que te diré: tómalas y vete á casa de un platero, y escoge de su tienda lo que bien te pareciere, déjale la cadena y mas prendas que valgan lo que dello hubieres menester, y págale un tanto por el alquiler; y aquesto será mejor, mas fácil y barato de todo, y si faltaren prendas, dáselas en escudos que lo monten. Con esto desempeñarás la necesidad que hiciste, porque de otro modo no sé ni puedo remediarlo.» El tío, que á todo lo dicho estuvo atento, dijo: «¿qué prendas queréis dar ó para qué?» Yo le dije: «señor, quien tiene criados necios, forzoso ha de hallarse siempre atajado en las ocasiones, cayendo en cien mil faltas ó desasosiegos y pesadumbres. Aquí está una señora castellana, la cual trata de casarse con un caballero de su tierra, son conocidos míos, y téngoles obligacion; hame querido hacer cargo de sus vestidos y joyas para el día de su desposorio, y es ya tan cerca, que no ha de ser posible cumplir como quisiera. Mire vuesa merced á qué árbol se arrima ó adónde tengo yo de buscárselas. Dame mohina, que aqueste tonto no haya sabido escusarme de lo que sabe serme tan dificultoso, si ya por ventura él no fué quien se pidiese á él semejante disparate; y si lo hizo, remédielo; allá se lo haya, mire lo que quisiere y hágalo. El viejo me dijo: «no tomeis pesadumbre, sobrino, que todo eso es cosa de poco momento. A lugar habeis llegado adonde no faltará cosa tan poca como esa.» Yo le volví á decir: «ya, señor, sé que todos vuestras mercedes me las harán muy cumplidas, y que lo que tuviere propio no me podrá faltar. Mas como entre todo nuestro linaje no conozco alguno de los casados que las tenga, no me atrevo á suplicarles cosa en que tomen cuidado. En especial, que habérmelas pedido á mí es haberme obligado á enviárselas como de mano de un hidalgo de mis prendas, y no todas veces hay joyas en todas partes que puedan parecer sin vergüenza en tales actos.—Ahora bien, me respondió, no tomeis cuidado en ello, dormid sin él, que yo por mi parte, y algunos de vuestros deudos por la suya, buscaremos de las que por acá se hallaren razonables; y en lo demás, enviadme cuando mandáredes los baules.»

Por uno y otro le besé las manos, agradeciéndoselo con las mas humildes palabras que supe y se me ofrecieron, reconociendo la merced que me hacia en todo. Y despidiéndome dél, hice luego que á casa volví, que cerrados con tres llaves cada uno de los baules los llevasen allá. El tío cuando vió entrar á Sayavedra y los ganapanes con ellos, que apenas podia cada uno con el suyo, considerada la fortaleza de las llaves que llevaban, con la desconfianza que del huésped hice, y gran peso que tenían, acabó de

certificarse que sin duda tendrían dentro gran tesoro. Preguntóle á Sayavedra: «¿qué traen aquestos baules que tanto pesan?» y respondióle: «señor, aunque lo que tiene mi señor dentro es de consideracion, lo que vale mas de todo es pedrería, que ha procurado recoger por toda Italia, y no sé para qué ni adónde la quiere llevar.» El viejo arqueó las cejas y abrió los ojos, como que se maravillaba de tanta riqueza, y poniéndolos de su mano á muy buen cobro debajo de siete llaves, como dicen, le quedaron en poder, volviéndose á la posada Sayavedra.

Como ya nos andábamos arrullando, procurábamos juntar las pajas para el nido. Aquella noche toda se nos pasó de claro en trazas, cómo luego por la mañana fuésemos con ellas á casa de otro mi deudo, mancebo rico, y de mucho crédito; á darle otro Santiago. Hicelo así, que apenas el sol habia salido y él de la cama, cuando tomando Sayavedra las cadenas en dos cofrecitos iguales y muy parecidos con sus muy gentiles cerraduritas, el muelle de golpe, y llevándolas debajo de la capa fuimos allá, y hallámoslo levantado, que ya se vestía: no me pareció buena ocasion, y quisiera dejarlo para después de comer, mas cuando le dijeron estar yo allí, mostróse muy corrido de que luego no hubiese subido arriba. Dijele haberlo dejado por entender que aun estaria reposando: con estos cumplimientos anduvimos, y preguntándonos por la salud y cosas de la tierra, hasta que ya estuvo vestido, que nos bajamos á un escritorio. Cuando allí estuvimos un poco, me preguntó á qué habia sido mi buena venida tan de mañana. Yo le dije: «señor, á tener buenos días con los principios dellos, pues las noches no me han sido malas. Lo que á vuesa merced vengo á suplicar es, que si hay en casa criado alguno de satisfacción se mande llamar.» El tocó una campanilla, y acudieron dos ó tres, y eligiendo al uno dellos, dijo: «aquí Estefanelo hará lo que vuesa merced le mandare.—Lo que le ruego es (dije) que con mi criado Sayavedra se lleguen á casa de un platero, y sepan los quilates, peso y valor de una cadena que aquí traigo.» Sayavedra me dió luego el cofrecillo en que venia la de oro fino, y sacándola dél, se la enseñé. Holgóse mucho de verla, por ser tan hermosa, de tanto peso, y hechura extraordinaria; pareciéndole no haber visto nunca otra su semejante, para ser de oro lisa sin esmalte ni piedras. Volvísela luego á dar á mi criado, y fuéronse juntos ambos á hacer la diligencia, en cuanto quedamos hablando de otras cosas. Cuando volvieron trujeron un papel firmado del platero en que decia tocar el oro de la cadena en veinte y dos quilates, y que valia seiscientos y cincuenta y tres escudos castellanos poco mas. Y viendo esto concluido, volvíle á pedir á Sayavedra que me la diese, dióme la falsa en el otro cofrecito abierto, de donde sacándola otra vez, la estuvimos un poco mirando. Puesta en su cofrecito así abierto le dije: «lo que agora, señor, vengo mas á suplicar, es lo siguiente: yo he quedado picadillo de unas noches atrás con unos gentiles hombres desta ciudad, y no lo están menos ellos, de que les tengo ganados mas de cinco mil reales. Hanme desafiado á juego largo, y querria, pues la suerte corre bien, ir la siguiendo, probando con ellos mi ventura, que sería posible ganarles mucho, aventurando muy poco; y porque todo consiste ó la mayor parte dello está en el bien decir, y los que jugamos vamos tan dispuestos á la pérdida como á la ganancia, no querria hallarme tan limitado, que si perdiese, me faltase con que poderme volver á esquivar, y aun por ventura ganarles. Y pues por la misericordia de Dios no me falta dinero, y tengo en casa del señor mi tío casi cinco mil escudos, no puedo tocar en ellos, porque luego que aquí lleguen ciertas letras que aguardo de Sevilla, no podré dilatar una hora la paga, ni mi partida para Roma: ya sea para pasar en mi cabeza cierto beneficio, ya sea para en la de otro mi primo hermano, segun se dispusieren las cosas á la voluntad y gusto del señor mi tío. De manera, que no es justo

ni me conviene tocar en aquella partida por lo que podria después hacer falta, en especial pudiéndome agora valer de joyas de oro y plata, que no me son tan forzosas; ni tampoco quiero sin causa y espresa necesidad malbaratarlas ni deshacerme dellas. Aquí tiene vuesa merced esta cadena, y sabe lo que vale; lo que suplico es, que con secreto (que no quiero que me juzguen acá por tan travieso, ni dar á todos cuenta de semejantes niñerías) se me tomen á cambio seiscientos escudos para la primera feria, que ya que gane ó pierda se pagarán, ó con la propia cadena cuando todo falte, pues para eso la doy en resguardo, que vuesa merced la tenga en sí para el efeto, y tome por su cuenta el cambio, y á mi daño.» Dijele también, como para otra semejante ocasion habia dado una vez cierta vajilla de plata dorada nueva, y el que la recibió se sirvió della; de manera, que cuando me la volvió no estaba para servir en mesa de hombre de bien, y así la vendí luego, perdiendo las hecluras todas; por lo cual, para evitar otro tanto, le suplicaba lo dicho; y que no pasase la cadena en otro poder. El se mostró correrse mucho, que para cosa tan poca le quisiese dar prenda; mas yo dando con la mano á la tapa del cofrecillo, lo cerré de golpe, y se lo di en las manos, diciendo que de ninguna manera recibiría la merced, si allí no quedase; porque, demás que yo no la traía por hacer tanto bulto y pesar tanto, holgaría mucho que la tuviese consigo y la guardase. Y también le dije, que como éramos mortales, por lo que de mí podria suceder, no era lícito hacerse otra cosa de como lo suplicaba. Recibióla por la mucha importacion mia, y ofrecióse á hacerlo en saliendo de casa.

El mismo día, estando á la mesa comiendo, entró el mismo criado Estafanelo con los seiscientos escudos; dile las gracias que llevase á su amo, mas no tardó un credo, y casi el criado no habia salido de la posada, cuando estaba en ella su amo junto á mí. No me quedó en el cuerpo gota de sangre, ni la hallaran dentro de mis venas de turbado: aquí perdí los estribos, porque, como acababa de recibir en aquel punto los escudos, y luego subió el amo tras el criado, creí que hubiesen abierto el cofrecillo, y hallase la cadena falsa, y que ven tría para impedir que no se me diesen. Mas presto sali de la duda, y perdí el miedo; porque con rostro alegre se me volvió á ofrecer, y si de alguna otra cosa tenia necesidad, y que aquellos dineros le habia dado un su amigo á daño, mas que sería poco. Entonces entre mí dije: antes creo que por muy poco que sea, no dejaré de ser para vos mucho y mucho mas de lo que pensais. Dijele, que no importaba, que en mas estaba la prenda, que podrian montar los intereses. Allí estuvo hablando conmigo un poco, cuando en su presencia entraron los del juego, y pidiendo naipes á Sayavedra, se comenzó una guerrilla bien trabada; parecióle al pariente largos los oficios, dejónos y fuése.

Yo quedé tan emboscado en la moneda, teniendo en mi favor entonces á Sayavedra (porque como queríamos alzar de obra y coger la tela, no era tiempo de floreos) que á poco rato me dejaron mas de quince mil reales en oro. Diles barato á los que se hallaron presentes, y al capitán de allí á poco que vino le puse cincuenta escudos en el puño, que fué comprar con ellos un esclavo y todo mi remedio. Apartóme á solas, y apercebíome para domingo en la noche, que fué dentro de cuatro días. Yo cuando me vi apartado de tiempo hice tocar las cajas á recoger, enviando billetes de una en otra parte, diciendo haber de ser la boda para el lunes, que se me hiciese merced en lo prometido. No así las hormigas por agosto vienen cargadas del grano que de las eras van recogiendo en sus graneros, como en mi posada entraban joyas, á quien mas y mejores me las podia enviar. Tantas y tan ricas eran, que ya casi tenia vergüenza de recibir las. Mas hízelas cara, porque no me parecieron caras. De casa del tío me trujeron un collar de hombros, una cinta y una

pluma para el tocado, que de oro, piedras y perlas valian las tres piezas mas de tres mil escudos. Los demás me acudieron con ricos broches, botones, puntas, ajorcas, arracadas, joyeles, cabos de tocas y sortijas, todo muy cumplido, rico y de mucho valor; lo cual como iba viniendo, sin que lo sintiera el capitán, se iba poniendo en sus cajas dentro de los baules, debajo de cubierta. Yo aquellos días los anduve visitando y agradeciendo las mercedes hechas, hasta que viendo que las galeras habian de zarpar lunes de madrugada, domingo en la noche dije al huésped: «señor huésped, á jugar voy esta noche á casa de unos caballeros, allá creo que cenaré, y por ventura sería posible, si se hiciese tarde, quedarme á dormir, si ya el juego se despartiese antes del día: vuesa merced mire por el aposento, en cuanto Sayavedra ó yo volvemos, que podria ser que él se viniese á casa.»

Sali con esto favorecido de la noche, dejándole los baules por paga del tiempo que me hospedó. Bien es verdad, que con la priesa del viaje se los dejé llenos, empero de muy gentiles peladillas de la mar, que pesaban á veinte libras.

Fuime á dormir á galera con el capitán Favelo, mi amigo. No será posible decirte con palabras de la manera que aquella noche me sacó de Jénova, el regalo que me hizo, la cena que me dió y la cama que me tenia prevenida. Preguntóme, cómo dejaba hecho mi negocio: dijele, que muy á mi satisfacción; y que después le daría mas por menudo cuenta de lo que me habia pasado: con esto no me volvió á hablar mas en ello; cenamos, dormíme, aunque no muy sosegado, no obstante que iba ya de espiga; empero llevaba el corazón sobresaltado de lo hecho. Así como se pudo se pasó la noche, y cuando el sol salia, sin haberme parecido menear ni un paso, ni sentido el ruido menor del mundo, como si estuviera en la mayor soledad que se pueda pensar, ya recordado y queriéndome vestir, entró mi capitán á decirme que habíamos doblado el cabo de Noli. Llevamos hasta allí admirable tiempo, aunque no siempre nos fué favorable, sino muy contrario, como adelante diremos, que nunca siempre la fortuna es próspera: va con la luna, haciendo sus crecientes y menguantes, y cuanto mas ha sido favorable, mayor sentimiento deja cuando vuelve la cara. Solo un deseo llevé todo el camino; que fué de saber cuando aquel primero día no volviése á la posada; qué pensaría el huésped; y al segundo, cuando no me hallasen, pareceme que llorarian todos por mí. ¡Cuántos escalofríos les daría! ¡Qué de mantas echarian, y ninguna en el hospital! ¡Qué diligencias harían en buscarme! ¡Qué de juicios echarian sobre adónde podria estar, si me habrian muerto por quitarme alguna ganancia, ó si me habrian herido.

Paréceme que imaginarian lo que fué: haberme venido con las galeras; pues desconfiados ya de todo el humano remedio; cuántas pulgas les darian muy malas noches por medios días! Agora los considero la priesa con que descerrajarian los baules para quererse pagar dellos, alegando cada uno su antelacion de tiempo y mejoría en derecho. Paréceme que veo consolado y rico á mi huésped con sus dos buenas piezas, que tomadas á peso valian cualquiera buen hospedaje, y habia losa dentro que le podia servir de sepultura. El tío viejo se hallaría bien parado con la pedrería que Sayavedra le dió; pues el pariente con su cadena, ¿quién duda que no burlase de los otros, por hallarse con una tan buena pieza, de donde podria pagar el principal y daños? Mas cuando la hallasen de oro de jeringas, ¿qué parejo le quedaria el rostro, los ojos qué bajos, y cuántas veces los levantó para el cielo, no para bendecir á quien lo hizo tan estrellado y hermoso, sino para con los demás decretados maldecir la madre que parió un tan grande ladrón? Con esto se quedaron, y nos dividimos. Pudiéramos decir entonces lo que un ciego á otro en Toledo, que apartándose cada cual para su posada, dijo el uno dellos: *adios, y vedámonos.*